

CENÁCULO EN *Cudresma*

MEDITACIÓN SALMO 38 (37)

ORACIÓN

POR: P. JAIME BAERTL



SALMO 38 (37)

SEÑOR, NO ME ABANDONES

Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera.
Que tus flechas se me han clavado y tu mano pesa sobre mí.
No hay parte ilesa en mi carne, a causa de tu furor, no tienen
descanso mis huesos, a causa de mi pecado.
Pues mis culpas sobrepasan mi cabeza, son un peso superior a mis
fuerzas;
mis llagas están podridas y supuran, a causa de mi insensatez.
Voy todo encorvado y encogido, todo el día camino sombrío.
Porque tengo las espaldas ardiendo: no hay parte ilesa en mi carne.
Estoy todo agotado y deshecho, me ruge bramando el corazón.
Señor mío, en tu presencia están mis ansias, no se te ocultan mis
gemidos.
Se me agita el corazón, me abandonan las fuerzas, y me falta hasta
la luz de los ojos.
Mis amigos y compañeros se alejan de mí; mis parientes se
mantienen a distancia.
Me tienden lazos los que atentan contra mi vida, los que buscan mi
desgracia me difaman, todo el día murmuran traiciones.

Pero yo como un sordo, no oigo, como un mudo, no abro la boca,
soy como uno que no oye y no puede replicar.

En ti, Señor, espero y tú me escucharás, Señor Dios mío;
esto pido: que no de alegren por mi causa, que cuando resbale mi
pie no canten triunfo.
Pues yo estoy a punto de caer y mi pena no se aparta de mí.
Mi culpa la confieso, me duele mi pecado.
Mis enemigos mortales son poderosos, son muchos los que me
aborrecen sin razón.
Los que me pagan males por bienes, los que me atacan cuando
procuro el bien.
No me abandones, Señor, Dios mío, no te quedes a distancia;
ven aprisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación.



MEDITACIÓN

El salmista nos comparte su experiencia profunda de dolor y tristeza. Está triste por sus pecados, está dolido porque Dios puede castigarlo, porque sus amigos no lo entienden, porque sus parientes y cercanos se quedan lejos de él.

Está sufriendo las consecuencias de su propio pecado. Sufre porque experimenta el peso de Dios, la corrección que le viene del mismo Señor. Sufre en su cuerpo, donde también se está manifestando el pecado, (probablemente una enfermedad como la lepra), sufre a su vez porque los hombres: amigos, parientes se quedan simplemente lejos; sufre porque sus enemigos maquinan contra él.

Siente que no tiene descanso, que sus pecados lo sobrepasan, está agotado en cuerpo, alma y espíritu.

Con éste pesar profundo, con el cansancio totalizante se acerca a Dios a pedirle ayuda, a pedirle que no lo castigue con furor, con ira. Quiere que Dios lo trate como Padre y no como juez. Como a médico se descubre frente al Señor y le confiesa sus ansias y sufrimientos; confesión sincera pues sabe que Dios lo conoce, que su vida está en Su presencia.

Manifiesta confianza en un Señor que es salvador, confía en que será escuchado por Dios, le pide que no lo abandone, que no esté lejos, que se de prisa y lo socorra. Sabe que sólo Dios puede darle la mano y salvarlo.

Aunque sabemos que Jesús no tiene pecado alguno ha experimentado el sufrimiento y dolor hondo y terrible propio de las consecuencias del pecado. El dolor en El alcanzó su máxima fuerza en el momento de la cruz, así como que también alcanzó en El la máxima confianza en su Padre que lo escucha: se pone en manos de su padre.

Como cristianos podemos y debemos penetrar en la hondura del dolor que viene del pecado, conocer la tragedia del pecado, las consecuencias que se derivan en nosotros y en los demás de nuestras caídas e infidelidades, y acercarnos con grande confianza a nuestro Padre que se hace cargo de nosotros buscando ayuda y salvación sabiendo que sólo Dios salva.

